

ENRIQUE ANRUBIA, *La soledad*. Editorial Síntesis, Madrid, 2018. 270 pgs.

Por Jaime Vilarroig

La editorial Síntesis ha inaugurado una nueva colección de ensayos bajo el nombre de “Emociones, afectos y sentimientos” coordinada por el catedrático Ramón Rodríguez. El primer libro aparecido en esta colección está escrito por el profesor Enrique Anrubia, y en él disecciona con afilado bisturí la soledad contemporánea y las causas que han llevado a ella. Anrubia divide su estudio en tres partes: qué era la soledad ayer (formas del ser y del estar poco humanas), qué es la soledad hoy (sentimiento propio de mi humanidad y condición de posibilidad de mi vida), y qué será quizás mañana. Anrubia resume así su tesis: en la antigüedad la soledad era una forma de ser (que no pertenecía al ser humano), pasó a una forma de sentir, para finalmente convertirse en la actualidad en una forma de vida. Ser, sentir, vivir.

En la primera parte, titulada “Ayer”, el autor hace un recorrido de la soledad como un modo de ser. El análisis posee la perspectiva de una filosofía de cultura y posiblemente no lo abandona hasta el final del libro, donde se hace algo más especulativo y hermenéutico. Así, en esta primera parte se acomete la soledad en el relato de la tradición judía, o en la griega. Para Aristóteles y los griegos solo los dioses y las bestias vivían solos, por eso el destierro (la privación de compañía) equivalía a la muerte. Si para el pensamiento judío la soledad va asociada a la genealogía (no tener descendencia como el en el caso de Abraham) en el pensamiento griego asistimos a una soledad ligada al territorio y a la polis (Cap. 5).

El concepto de desierto (y de la soledad que conlleva) es el puente interpretativo que le sirve al autor para entrar en el cristianismo y en los modelos solitarios de vida monástica y eremíticas. Lejos de algunas interpretaciones contemporáneas, el cristianismo para Anrubia no es propiamente el nacimiento de la individualidad sino el nacimiento de una nueva interioridad; en el cristianismo la pregunta no es quién soy yo, sino quién soy yo para ti (Cap. 7). De ahí que aparecieran formas de vida comunitaria, como la benedictina, donde soledad y comunidad no se contraponían entre sí. Ese mundo religioso será el que se hermane como contrapunto con una corte medieval y renacentista que alberga una privacidad que Anrubia desvela en la metáfora de la creación arquitectónica del pasillo. Es esta, sin duda, una interesante y novedosa versión de aquella otra de Norbert Elias sobre el proceso de individualización moderno.

Ejemplo de esto será el concepto de “beso”, cuya historia cultural traza con precisión Anrubia, (Cap. 12), o la figura del humanista (distinto del monje y del cortesano) que también busca la soledad pero para pensar más libremente.

te, o la decoración palaciega; así lo evidencia Descartes junto a su estufa o el filósofo inmortalizado por Rembrandt (Cap. 13); o la genial comparación entre Robinson Crusoe en lo literario y Kant en lo filosófico, donde la libertad se empieza explicar con absoluta y solitaria autonomía del mundo.

Será el Romanticismo el repunte de una soledad que ya en perfecto cercado, se autoentenderá como sentimiento. El hombre se encuentra, cual nuevo Polifemo, autónomo y tremendamente solo (Cap. 16), porque ese nuevo ser en perpetua agonía asfixiante que busca compañía es el Frankenstein de Shelley. La revolución industrial (con Marx de fondo pero también con el Romanticismo al lado) hará que la técnica sea percibida como un elemento emancipador (Cap. 17). Casi todo el siglo XX será un sentimiento de soledad que busca liberarse de él mediante la tecnología.

Pero es sin duda la segunda parte del libro (la que atañe a los siglos XX y XXI) la más interesante. El análisis de nuestro “Hoy” se abre con el desarrollo de la técnica y la sensación de seguridad que nos proporciona. Anrubia va a tratar temas tan sugerentes como la soledad en las nuevas compañías (inteligencia artificial, mascotas), incluso la más avanzada ciencia que explora mundos posibles para saber que no estamos solos. Con el dominio de las nuevas tecnologías de la información lo real se desplaza hacia lo virtual. Tres consecuencias: la tecnología aísla, en ella el único medio de relación con el otro es la competición, y por tanto la relación con el otro se atrofia. El sujeto contemporáneo es espectador (porque se dedica a contemplar la vida virtualmente), espectro (porque en los medios la presencia del yo se evapora) y especulador (porque reforzamos nuestra identidad en competencia con los demás) (Cap. 21). Con las nuevas tecnologías el paradigma de la “conexión” ha desplazado al de la verdadera conversación, pero la “conexión” requiere como condición de posibilidad y punto de partida que el yo esté aislado del mundo que tiene enfrente (Cap. 22).

Junto con la ciencia y la tecnología Anrubia analiza elementos culturales no tan habituales y sin embargo necesarios para entender nuestra soledad: la comida enlatada o la aparición del restaurante como figuras novedosas del comer solitario (Cap. 23). La arquitectura y la creación del *loft*: si en las cortes renacentistas apareció el pasillo que posibilitaba la intimidad-soledad en la casa, frente a la casa-comunidad antigua, en nuestro *loft* postmoderno el pasillo se ha convertido en casa individual y solitaria (Cap. 24). También aparece el turismo como viaje que permite la soledad, los videojuegos solitarios o el deporte sin equipo dentro de un gimnasio, etc.

Por otro lado, el crecimiento exponencial de la psicología es una de las institucionalizaciones más evidentes del yo solitario y puro conflicto con el otro. La psicología se hace teológica y soteriológica cuando se convierte en autoayuda. Pero claro, si es uno mismo el que se tiene que ayu-

dar, inevitablemente crecerá la sensación de soledad por más capaz que sea uno de ayudarse a sí mismo (Cap. 27).

Cada vez somos más independientes; pero si en un principio la independencia puede divertir a la postre provoca aburrimiento, tedio y estrés. Aburrirse no es no tener nada que hacer sino no tener a nadie con quien ser, lo cual es también estresante y depresivo (ambos tres, fenómenos propios del siglo XX) (Cap. 28). La sociedad del bienestar ha propiciado que en algunos países uno de cada cuatro habitantes muera solo, o que el 40% de la población se sienta sola. ¿Cuál es el problema? Hemos confundido libertad con autonomía, y autonomía con independencia. Sin embargo, Anrubia explica que “la libertad no se basa en mi independencia, sino en mi relación con el prójimo”, o, dicho de otro modo, la conquista más oculta y desastrosa de nuestra forma de vida es el derecho a no tener que relacionarnos con nadie (Cap. 29).

En los últimos capítulos el profesor Anrubia conforma un análisis magnífico de nuestra situación (la soledad ya no es solo un sentimiento sino que es la condición de posibilidad del vivir actual) y se apunta el error conceptual que subyace: la libertad no es opuesta a la necesidad del otro. Somos seres que para ser libres necesitamos de los demás. No es sólo una relación a lo Buber (yo-tú) sino la comprensión de la forma comunitaria de vida que nos resulta propia y esencial.

El estudio está escrito con la maestría de un crítico agudo de la sociedad contemporánea que sabe leer entre líneas lo que nos está pasando. Quizá en ocasiones encontramos párrafos demasiado largos, pero el resultado final es encomiable y su lectura placentera. Nos hubiera gustado encontrar soluciones más concretas al problema que apunta, pero sería pedir demasiado a un libro de filosofía. Lo que sí se encuentra es un análisis sugerente y novedoso del problema y unas preguntas que están en la actualidad más actual.